



Debemos declarar y declaramos haber sido injustos con España. No con nuestra España, sino con la otra, con la de ellos. La hemos llamado algunas veces la Turquía y la Bulgaria de Occidente, y esto no es justo. Mucho mejor llamarla el Tibet occidental.

En el Tibet no se enteraron del Renacimiento, ni de la Reforma, ni de la Revolución; seguramente que no se han enterado de esta guerra, de la guerra. ¿Qué idea se habrán formado de ella los monjes budistas, lamaístas, de la santa ciudad de Lassa, o lo de la Universidad de Depung? ¿Y el gran Lama?

Aquí hay un lamaísmo político, aparte del religioso.

Estos días hemos hablado con algunos diputados de la mayoría del actual Congreso, de esa heterogénea mayoría despótica, cuya función es votar lo que le mande este Gabinete de cachicanes, e impedir que se discuta de veras nada, ahogando en silencio las voces de los que quieren luz y verdad. Y el hombre de la luz y los taquígrafos ha resultado el hombre de la guillotina y el de las leyes de excepción.

Hablábamos con algunos de esos secuaces del lamaísmo político español de mentalidad enteramente tibetana, y su conclusión era: «bien, sí; pero ya verá usted como no pasa nada». Lo único que de veras les preocupa es el distrito. Y nos contaban multitud de anécdotas, y hacían cábalas respecto a la actitud de Alba y de Cambó, y de éste y del otro, y del Gobierno, si llega a serlo, que sustituirá a este Gabinete, o lo que sea.

«Se formará un Gobierno de izquierdas—nos decía uno de esos lamaístas—, y acometerá la reforma de la Constitución, una reforma amplia, amplísima, y reformas en sentido descentralizador y socialista, y... y luego volverán los conservadores a asentarlas.» Pero lo que no se tocará es la constitución interna, la caciquil, la electorería de los distritos, que es lo fundamental de este Tibet, que no se entera.

«¡Cúmplase la voluntad nacional! —nos decía otro—. Ha recordado usted la frase célebre del regente Espartero. Pero ¿dónde está esa voluntad? ¿Cómo se la conoce? ¿Tiene acaso la nación española voluntad? ¿Tiene conciencia de ser nación? ¿Hay nación española?». Y teníamos que callarnos a estas preguntas.

¡Voluntad nacional! ¿Hay acaso voluntad nacional española? Una vez más tenemos que repetir que lo que aquí hay es «noluntad» y no voluntad, impulso de no querer y no impulso de querer. ¡Qué profundo sentido tiene la expresión popular de «no me da la real gana»! Cuando el español se siente rey, es para que no le dé la real

gana. Porque el español no es que no quiera pensar, es que quiere no pensar. Y en esa «noluntad», en ese no querer se apoyaba Dato, el canciller del archiducado de España.

La voluntad nacional, si es que la hubiera, debería manifestarse en los comicios; pero todo el mundo sabe lo que son aquí las elecciones. Y acaso peores cuanto menos intervengan en ellas los Gobiernos, dejándolas al poder del dinero y de los caciques. Y electorería, y no otra cosa, es lo más de lo que aquí se llama política.

Hay nacionalismos, hay localismos; pero los más de los diputados supuestos de la nación son distritistas. El distritismo es su única fe política; conservar el distrito, su único ideal. Y así se forman estas miserables mayorías despóticas que ahogan en silencio toda voz noble y cuya única función es votar. Discutir no pueden; bastaría con que se enterasen de lo que se discute, que no suelen enterarse de ello. ¿Para qué?

El diputado, el pequeño lama tibetano cultiva su distrito, su pegujar; pero no sabe una palabra de verdadera política. ¿Para qué? ¿Qué le importa a él eso? A lo sumo lleva y trae pequeñas anécdotas, dicharachos de éste o aquel personajillo de la tragicomedia, chismes y cuentos, y hace horóscopos en la tertulia del café; pero no más que para pasar el rato. Vive en pleno Tibet.

Cuando estas líneas se publiquen habrá abierto ya el Parlamento, en medio de la más trágica indiferencia nacional. Nadie espera nada de él ni del que le suceda, si ha de sucederle por la misma maquinaria y con los mismos procedimientos que éste sucedió al otro. Y cada vez son más los españoles conscientes de su espanoridad—no españolismo—, que creen que sólo tendrá eficacia un Parlamento elegido en plena guerra civil, por la fuerza, entre actos de violencia, y teniendo acaso que cazar, como se caza a las alimañas, a los distritistas y a los electoreros profesionales para enjaularlos. Son muchos los que recuerdan cómo se eligieron las Constituyentes después de la revolución de 1868, cuando el miedo hubo encerrado en sus casas a los distritistas de entonces.

Lo terrible es que la mayoría del país no se ha enterado de lo que está pasando por el mundo. Y la mayoría del Parlamento, tampoco. Esos lamas tibetanos continúan sus ritos, los ritos de su culto degradante.

En qué abismo de idiotéz, Dios mío, se está hundiendo esta pobre España!

Miguel de Unamuno

